



Crónica de mi nacimiento en la Frontera entre México y Estados Unidos

Andrea Pérez Balderrama

El siguiente escrito cuenta cómo obtuve mi doble nacionalidad mexicana y estadounidense y la historia de mi familia, que ha estado arraigada a esa tierra desde antes de que se dibujara la frontera. Aunque habla de mi nacimiento, el objetivo del escrito es dar cuenta de que mi historia es parte de una experiencia colectiva que ha encontrado la manera de existir y resistir en un espacio austero y fragmentado: la **frontera**.

1. **Hablar de mi nacimiento en la frontera.** En esta parte quiero contar la historia de mi nacimiento; por qué y cómo de nacer en la frontera. Tengo la ciudadanía estadounidense por haber nacido en El Paso, Texas, y la mexicana por mis papás. Sin embargo, mi familia y yo pertenecemos a una comunidad mexicano-estadounidense que habita un “**tercer espacio**” (partiendo de Anzaldúa) que existe más allá de la frontera. Mis papás siempre me dijeron que decidieron que naciera en Estados Unidos para “borrar” la frontera para mí. Lo hicieron porque saben que muchas personas de nuestra comunidad solo tienen acceso a una parte de este “tercer espacio”, ya que está atravesado por la frontera y por las leyes impuestas por el Estado mexicano y estadounidense.
 2. **Hablar de la experiencia de un “nosotros” fronterizo.** En esta parte quiero indagar en la historia de mi familia y dar cuenta de que mi experiencia es solo una de muchas que se viven en la frontera. Quiero enunciar la experiencia de un “**nosotros**” fronterizo, cuya historia abarca siglos en el tiempo y comprende un “**tercer espacio**” que nunca ha existido en los mapas. Según los registros (coloniales, patriarcales y eurocéntricos) que ha conservado mi familia, sé que mis ancestros españoles llegaron a la región en el siglo XVII. Ahí comenzó el mestizaje con las comunidades indígenas que denominaban las “tribus de los indios Pueblo”, que incluyen a los hopi, los zuñi y otros grupos descendientes de la civilización anasazi. Desconozco las lenguas, historias, cosmovisiones y tradiciones específicas de mis ancestros indígenas, ya que solo aparecen en los registros con nombres hispanizados –su identidad borrada–. De estos registros sabemos que mis ancestros mestizos formaron parte de la fundación de los poblados coloniales de Paso del Río del Norte (hoy Ciudad Juárez), y de Santa Fe y Albuquerque (hoy Nuevo México, Estados Unidos). Después de la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848), mi familia se desplazó al sur y se restableció en territorio mexicano, en el pueblo fronterizo que hoy es Práxedes G. Guerrero, Chihuahua.
-



-
3. **Hablar de la política actual y de sus consecuencias para la comunidad fronteriza.** En esta parte quiero dar un salto al presente y, en mi caso otra vez, hablar de cómo la política actual le impone al “**nosotros**” fronterizo maneras de ser, vivir y existir en un espacio que siempre ha sido nuestro. En la actualidad, el “**tercer espacio**” existe fragmentado por la frontera. Las lógicas y leyes coloniales de los Estados que reclaman partes de nuestro territorio intentan imponer lealtades nacionales en mi comunidad. Sin embargo, mi sentir, pensar y ser pertenecen al “**tercer espacio**”. La única razón por la que tengo acceso a ambos lados de este espacio ancestral es porque nací en Estados Unidos. Si mis papás no hubieran decidido “**borrar**” la frontera para mí, me habría quedado sin acceso (o con acceso limitado) a una parte de mi identidad, comunidad y tradición.
-

La Frontera

Abre el telón. Como una clase de pájaro, vemos todo desde los cielos. Avizoramos un espacio desértico: de arena oscura y cielo luminoso, terreno montañoso y plano, y tierra árida y fértil. Con una **herida que no acaba se sanar.**

En él hay una ciudad, o dos, depende de a quien le preguntes. Al **poniente** una cordillera, la Sierra de Juárez o las Montañas de Franklin. El nombre cambia. Al **oriente** un valle, poblado de los restos dispersos de las antiguas misiones españolas del siglo XVII. En el **centro**, hay un río.

El Río Bravo, o Río Grande, es el eje que organiza todo lo que habita este desierto. **Su cauce divide en dos:** lo que le pertenece al **sur**—a Ciudad Juárez, a Chihuahua, y a México—y lo del **norte**—de El Paso, de Texas, y de Estados Unidos.

Este desierto, donde todo tiene dos nombres, es tierra ajena de muchos, pero conocida mía. Según los registros (coloniales, patriarcales y eurocéntricos) que ha conservado mi familia, sé que mis ancestros españoles llegaron a la región en el siglo XVII. Ahí comenzó el mestizaje con las comunidades indígenas que ellos denominaban las “**tribus de los indios Pueblo**”, que incluyen a los hopi, los zuñi y otros grupos descendientes de la civilización anasazi.

Desconozco las lenguas, historias, cosmovisiones y tradiciones específicas de mis ancestros indígenas, ya que solo aparecen en los registros con nombres hispanizados, su **identidad borrada.**

De estos registros sabemos que mis ancestros mestizos formaron parte de la fundación de los poblados coloniales de Paso del Río del Norte (hoy Ciudad Juárez), y de Santa Fe y Albuquerque (hoy Nuevo México, Estados Unidos). Después de **la guerra entre México y Estados Unidos** (1846-1848), mi familia se desplazó al sur y se restableció en territorio mexicano, en el pueblo fronterizo que hoy es Práxedes G. Guerrero, Chihuahua.

Yo soy uno de esos seres que el río organizó. Toda mi vida he existido entre esos dos mundos—**entre el norte y el sur**—pero **no pertenezco del todo a ninguno.** Soy una **atravesada** (Anzaldúa, 1987). Destinada a existir en este desierto dividido y a que esa frontera, trazada en la imaginación del continente hace casi dos siglos, se dibuje dentro de mí.

Esta herida es mi herencia. Mis papás son **atravesados**, como lo fueron mis abuelos, y mis bisabuelos antes que ellos. Hemos vivido en esta tierra por generaciones y pertenecemos a una comunidad mexicano-estadounidense que habita un tercer espacio, escribe Anzaldúa, que existe más allá de la lógica de cualquier Estado-nación, pero está separado por la la frontera y por las leyes impuestas en el por el Estado mexicano y el estadounidense. No aparece en ningún mapa oficial y no tiene límites específicos. No es mexicano, ni estadounidense. **No es un mito, ni una realidad.** Está como nosotros. **Atravesado.**

...

Nací **atravesada** un día de otoño de 1997 en El Paso, Texas, EE. UU. Según lo que me han contado, el parto fue difícil, pero después de doce horas y una cesárea de emergencia, mi mamá me sostuvo en sus brazos por primera vez. Siempre me ha dicho que lo primero que notó en mi fue que no tenía cejas y que, según ella por falta de oxígeno, mi piel estaba morada. Aparte de eso, fui una bebé ordinaria. Cuando los doctores nos dieron el visto bueno, mi mamá y yo salimos del hospital, y nos fuimos a nuestra casa en Ciudad Juárez. Fue entonces, a los pocos días de nacida, que **crucé la frontera por primera vez.**

Pasé de El Paso, con las Montañas de Franklin al oeste y el Río Grande al sur, a Ciudad Juárez, con la Sierra de Juárez al oeste y el Río Bravo al norte.

Durante los primeros meses de mi vida, mis papás corrieron entre oficinas de gobierno y cruzaron la frontera muchas veces para tramitar mi doble nacionalidad, o como ellos dicen, para **borrar la frontera para mí.** Querían asegurarse de que todo quedara en orden en México y en Estados Unidos para que ambos países me reconocieran como suya. En Texas, me registraron como ciudadana estadounidense por haber nacido en en territorio gringo. En Chihuahua, me registraron como ciudadana hija de padres mexicanos nacida en el extranjero. Al final, todo quedo listo para que pudiera “**ser libre**” desde Guatemala hasta Canadá. El **acto de cruzar la frontera se volvió parte de mi cotidianidad y fui creando mi universo en ese tercer espacio.** Pero, aún para los **atravesados**, el **cruce implica privilegio.**

...

En 1848, cuando se estableció el Río Bravo/Grande como frontera con el **Tratado de Guadalupe Hidalgo**, se **impuso en el tercer espacio otra racionalidad del poder.**



Lo que existía en ese desierto, hasta entonces categorizado de acuerdo a los intereses, primero de la corona española, y luego del incipiente Estado mexicano, fue etiquetado una vez más al estilo imperial estadounidense.

A la jerarquía que los conquistadores y misioneros españoles construyeron en el desierto—que imponía la explotación y mercantilización de los seres no humanos, la concentración del capital para los Europeos y blancos, la esclavitud negra, la servidumbre indígena y la factoría urbana mestiza (Quijano, 2000)—se le depositó al anglo-estadounidense/gringo en la cima. Desde esa posición, el gringo, con su destino manifiesto y la divinidad de su lado, pronunció la fortuna de los atravesados.

Los atravesados que se quedaron a seguir haciendo su vida al norte del Río Bravo/Grande se convirtieron en *second class citizens*. Como supuestos ciudadanos estadounidenses, fueron despojados de sus tierras y asechados por grupos de vigilantes gringos que buscaban extirpar la “barbarie” del desierto. Cientos de atravesados murieron linchados y miles tuvieron que dejar sus ranchos y regresar a México (Anzaldúa, 1987). Sus descendientes, que por generaciones han sido supuestos ciudadanos estadounidenses, hoy siguen viviendo bajo el yugo de la superioridad anglo-estadounidense/gringa en condiciones precarias y barrios marginados.

Los que se restablecieron al sur del Río Bravo/Grande en 1848 también fueron despojados de sus tierras y forzados a migrar a México después de la guerra.

Luego de ese despojo inicial, llegaron a Chihuahua, a Coahuila, a Nuevo León y a Tamaulipas a enfrentarse a la negligencia del Estado mexicano y a la dependencia de Estados Unidos. Los atravesados que decidieron regresar al sur en ese entonces dependían del comercio de importación y de la agricultura para vivir. Cuando Estados Unidos se volvió el principal socio comercial de México al final del siglo XIX y los gringos comenzaron a apropiarse de las aguas del Río Bravo/Grande (Kuntz Ficker, 2000), la vida al sur de la frontera se trastornó. Las comunidades fronterizas dependían de las alianzas entre la elite mexicana y empresas gringas (Anzaldúa, 1987), quienes se aseguraban de mantener el capital entre ellas.

Hoy en día, esas alianzas siguen vigentes y los descendientes de los atravesados que se asentaron al sur de la frontera trabajan como transportistas de mercancías, en maquiladoras ensamblando bienes para el consumo gringo, o en el contrabando y narcotráfico. La violencia y la pobreza son hechos cotidianos y el cruzar/migrar a Estados Unidos se presenta como la única solución.

...

Crecí **atravesada** en Ciudad Juárez durante la primera década del siglo XXI. Mi papá era ingeniero y trabajaba en una empresa estadounidense de la industria automotriz. Mi mamá era ama de casa. Vivíamos en un fraccionamiento de clase media donde se supone que había códigos de convivencia y de estética para proteger la “**plusvalía de los inmuebles**”, pero todos pintaban sus casas como querían—mi favorita era la casa de Barney, que era verde y morada—y hacían fiestas los fines de semana. En la casa uno, vendían mangoneadas en el verano. Había un gato que dejaba sus huellas en los techos empolvados de los carros y un árbol viejo y chueco que escalábamos los niños.

Mi mamá cruzaba la frontera una vez por semana para ir al mandado. La leche, los cereales, los huevos, y el yogurt los compraba en **El Paso**. La carne, las verduras, el queso, el pan y las tortillas las compraba en Juárez. Cada año, antes de empezar la escuela en agosto, cruzábamos a **El Paso** para comprar ropa y útiles escolares.

Para mí era sencillo, lo único que le tenía que decir al agente de inmigración era “**American**”, luego revisaba mi acta de nacimiento, y nos dejaba pasar. A mi mamá le hacían más preguntas.



Que cuándo iba a regresar, que si éramos sus hijos, que a dónde iba, que qué iba a comprar, que si tenía familia en Estados Unidos. Siempre era lo mismo. Nos levantábamos temprano, desayunábamos y nos preparábamos para estar sentados en el carro varias horas esperando a que los agentes revisaran a todos los que querían cruzar.

Era una larga fila de carros, con placas de Chihuahua, Texas y otros estados del suroeste de Estados Unidos. La línea empezaba en Juárez, bloqueando una avenida principal, y seguía hasta llegar al puente que se erguía arriba del lecho del Río Bravo/Grande, que casi siempre estaba seco. Acababa del lado estadounidense—después de cruzar máquinas de rayos equis y agentes con perros buscadores de drogas—con una hilera de casetas en las que los agentes de **U.S. Customs and Border Protection** revisaban nuestro carro y documentos de identificación.

Si teníamos suerte, podíamos durar cuarenta y cinco minutos o una hora, pero si era un día malo, podíamos hacer hasta tres horas de línea para ir a El Paso. A veces les comprábamos dulces a los vendedores ambulantes que se ponían del lado mexicano del puente y tratábamos de adivinar cuántas personas iban en el carro de enfrente.

Así era. **Cotidiano**. Los carros reflejando el sol. El río seco. Los agentes malacarientos. El “**turun turun**” del puente. El señalamiento de las cosas que teníamos prohibido llevar a El Paso—frutas, carnes, drogas, plantas. Las banderas de México y Estados Unidos una al lado de la otra.

...

Para los años 2000, la fragmentación de la vida en la frontera había llegado a un punto crítico. Después de un siglo de políticas divisivas del Estado estadounidense y del mexicano—como el Programa Bracero, el Inmigración Reform and Control Act (**IRCA**) y el famoso Tratado de Libre Comercio de América del Norte (**TLCAN**)—la jerarquía del desierto estaba aún más **estratificada**.

El crecimiento explosivo de las **maquiladoras**, que ensamblaban autopartes, dispositivos médicos, electrodomésticos, y otros productos volvió la región en un **foco de inversión extranjera** (Eaton, 1997), y fue el **catalizador de procesos de reorganización social**. En Ciudad Juárez, este crecimiento significó la **migración masiva** desde el interior de México, la disponibilidad de empleos mal pagados en las maquiladoras—cuyo modelo de negocios depende de la mano de obra barata—y el aumento de feminicidios y muertes ligadas al narcotráfico.

Al norte, en El Paso, el boom de las maquiladoras había fomentado un boom en empresas relacionadas al transporte transfronterizo, aduanas, almacenes, y servicios de importación y exportación.

Para los **atravesados**, esto significó la transformación del tercer espacio una vez más. La **urbanización y privatización** de los ejidos en Juárez (Carrillo y Pérez, 2024) y el **crecimiento poblacional** en ambas ciudades cambiaron el uso y propiedad del territorio de nuestra comunidad. La pérdida de los territorios comunales al sur de la frontera, el crecimiento de Fort Bliss al norte (Heyman y Campbell, 2012) y la **militarización de la frontera en sí**—de parte de ambos Estados a partir del Plan Mérida de 2006—**condicionaron la manera en la que los **atravesados** podíamos transitar nuestra tierra ancestral**.

...

Mi abuela me contaba que, cuando ella era niña, cruzaba la frontera para comprar dulces con su domingo. Me la imagino sola, o acompañada de sus hermanas o primos, después de misa en la iglesia de Práxedes, subiendo el puente a pie. Me imagino que saluda al agente aduanal, que la conoce. Le da su identificación, que el agente ni revisa, y la deja pasar. Me la imagino entrando a la tienda, con su vestido más lindo y sus moños, y comprando dulces de **penny**.

Quizá eran taffies, o paletas de colores, o chocolates. Quizá los de la tienda también la conocían. Quizá esa tienda formaba parte de su mundo, al igual que la plaza de Práxedis, o su escuela, o el patio de su casa.

Para mí, casi cincuenta años después, **eso ya no era posible**. En el 2011, me fui **atravesada** de la frontera. Mi familia se emigró al norte de Estados Unidos, al estado de Michigan. Con esa distancia **le pude ver la cara a la frontera** y me di cuenta de lo que en verdad era. De lo que éramos, ella y yo.

En la actualidad, el “**tercer espacio**” existe fragmentado por **la frontera**. Las lógicas y leyes coloniales de los Estados que reclaman partes de nuestro territorio intentan imponer lealtades nacionales en mi comunidad. Sin embargo, mi sentir, pensar y ser pertenecen al “**tercer espacio**”. La única razón por la que tengo acceso a ambos lados de este espacio ancestral es porque nací en Estados Unidos. Si mis papás no hubieran decidido “**borrar**” la frontera para mí, me habría quedado sin acceso (o con acceso limitado) a una parte de mi **identidad, comunidad y tradición**.

Bibliografía:

Anzaldúa, G. (1987) **Borderlands / La Frontera: The New Mestiza**. First Edition. San Francisco: Aunt Lute Book Company.

Carrillo, M. y Perez, J. (2024) ‘The Communal Roots of Mexico’s Maquila Industry: Urbanization, Land, and Inequality in Ciudad Juárez, 1960–2000’, **Latin American Research Review**, (2024), pp. 1-24.

Eaton, D. W. (1997) ‘Transformation of the Mexican Maquiladora Industry: The Driving Force behind the Creation of a NAFTA Regional Economy’, **Arizona Journal of International and Comparative Law**, 14(2), pp. 337-340.

Heyma, J. and Campbell, H. (2012) ‘The Militarization of the United States-Mexico Border Region’, **REU**, 38(1), pp. 75-94.

Kuntz Ficker, S. (2000) ‘La redistribución de los cauces del comercio exterior mexicano: una visión desde la frontera’, **Frontera Norte**, 13(24), pp. 111-157.

Quijano, A. (2000) **La colonialidad del poder y la cuestión de poder**. recuperado el 30 de noviembre de 2025, de <https://www.ceapedi.com.ar/Imagenes/Biblioteca/libreria/58.pdf>

